

dormir con su mujer...! ¡Con que no quieres mujeres en tu casa, viejo chocho! ¡Anda, anda, mete las narices entre las sábanas de todas las camas de los cuartos y verás lo que es bueno!

VII.

Quince días hacía que, para conseguir que el tío Bachelard se decidiese á dotar á Berta, le invitaban á comer, á pesar de su aspecto asqueroso.

Cuando le anunciaron la boda, se contentó con dar un ligero golpecito á su sobrina en la mejilla, diciéndole:

—¡Con que te casas, eh! Lo celebro infinito.

Y permanecía sordo á todas las indirectas, exagerando su aire de viejo verde y haciéndose el borracho, cuando se hablaba de dinero en su presencia.

Mad. Jossierand tuvo la idea de reunir una noche en su mesa á su hermano y á Augusto, el futuro. Quizás la vista del joven le decidiría. El recurso era heroico, porque la familia no gustaba de presentar al tío, teme-

rosa siempre de que la deshonrara con su habitual grosería. De aquella prueba no salió del todo mal, sólo acusaba su desidia una mancha que había en su chaleco, adquirida probablemente en el café. Pero cuando su hermana, después de marcharse Augusto, le preguntó qué le había parecido el joven, respondió sin comprometerse.

— ¡Un buen muchacho!

Era preciso acabar de una vez. La cosa urgía. Mad. Jossierand resolvió plantear la cuestión de un modo categórico.

— Puesto que estamos en familia, añadió, aprovechemos la ocasión... Dejados solos, hijas mías, tenemos que hablar con vuestro tío. Tú, Berta, cuida un poco de Saturnino, para que no se entretenga en estropear las cerraduras.

El chico, desde que se ocupaban en el casamiento de su hermana, ocultándose de él, rondaba por los cuartos, con la mirada inquieta, receloso, y poseído de ideas diabólicas que consternaban á su familia.

— He hecho todas las averiguaciones necesarias, dijo Mad. Jossierand, cuando se halló á solas con su marido y con su hermano, y ya sé á qué atenerme respecto de la situación de los Vabre.

Y refirió con todos sus pelos y señales

que el viejo Vabre se había traído de Versalles medio millón de francos. Si la casa le había costado trescientos mil francos le habían quedado doscientos mil, que en doce años habrían producido réditos. Además los alquileres de la casa subían anualmente á veintidos mil francos, y como vivía con los Duveyrier, casi sin gastar, debía tener lo menos de quinientos á seiscientos mil francos, y además la casa. Por todas estas razones las esperanzas no podían ser más risueñas.

— ¿Y no tendrá ese buen señor ningún vicio? preguntó Bachelard. Me parece haber oído que juega á la Bolsa.

Mad. Jossierand, protestó. ¿Un viejo tan tranquilo, entregado á tan importantes trabajos? ¡Imposible! Por lo menos había demostrado tener talento al labrarse una fortuna; y al hablar así sonreía amargamente, mirando á su marido, que bajó la cabeza.

En cuanto á los tres hijos de M. Vabre, Augusto, Clotilde y Teófilo, habían recibido cada uno á la muerte de su madre cien mil francos. Teófilo, después de haberse metido en algunas empresas ruinosas, vivía de los restos de aquella herencia. Clotilde, sin más pasión que su piano, debía haber colocado bien su parte. Por último, Augusto acababa

de comprar el comercio del piso bajo de la casa y había emprendido la venta de sedería, empleando en este negocio sus cien mil francos, mucho tiempo guardados.

—Como es natural, dijo Bachelard, el viejo no dará nada á sus hijos al casarse.

Con efecto, no era aficionado á dar, era preciso confesarlo. Al casar á Clotilde se comprometió á entregarla ochenta mil francos; pero Duveyrier no había visto más que diez mil, y no sólo no reclamaba, sino que mantenía á su suegro, adulando su avaricia, sin duda para sacar mejor partido de su fortuna en tiempo oportuno. Del mismo modo, después de haber ofrecido cincuenta mil francos á Teófilo, al casarse con Valeria, se limitó al principio á darles los intereses de este capital, después les cerró su bolsa y acabó por cobrarles el alquiler del cuarto que ocupaban, y que se decidieron á pagar, por temor de verse desheredados, si no le complacían. En vista de esto, no había que contar mucho con los cincuenta mil francos que Augusto debería recibir al celebrarse el contrato de boda; y podían contentarse con que su padre no les exigiese el alquiler de la tienda, siquiera durante algunos años.

—¡Toma! eso de dar es siempre duro para

los padres, indicó Bachelard. Por regla general, no se entrega jamás el dote.

—Volvamos á Augusto, continuó madame Josserand. Ya hemos visto que tiene un excelente porvenir, y que el único peligro que puede temer es por parte de los Duveyrier, á los que Berta vigilará, si al fin y al cabo entra en la familia. En la actualidad, Augusto, después de haber pagado por el traspaso de la tienda sesenta mil francos, se ha lanzado al negocio con los otros cuarenta mil. Con esto no tiene bastante, y además vive solo, necesita una mujer, razón por la cual desea casarse. Berta es bonita, se la figura ya estar detrás del mostrador, y en cuanto á su dote, cincuenta mil francos es una cantidad respetable, que le ha decidido.

Bachelard no pestañeó, acabando por decir, con acento enternecido, que hubiera querido mejor partido para su sobrina. Con este motivo volvió á hablar del futuro. Era, en efecto un buen muchacho, pero muy viejo, demasiado viejo, más de treinta y tres años, y por añadidura siempre enfermo con sus jaquecas; en una palabra, que no era lo que se llama un hombre agradable, sobre todo para el comercio.

—¿Sabes tú de otro novio? preguntó ma-

dame Josserand, cuya paciencia iba acabándose. Yo te aseguro que he removido cielo y tierra para hallar ese.

Por lo demás no se hacía ilusiones.

—Ya sé, añadió, que no ha inventado la pólvora, ni con mucho, creo hasta que es un bruto. Además, no me fio gran cosa de esos hombres que nunca han sido jóvenes, y que no son capaces de dar un solo paso sin reflexionar años y años. Ese, al salir del colegio en donde los dolores de cabeza le impidieron acabar sus estudios, ha sido doce años dependiente antes de atreverse á tocar los cien mil francos, cuyos réditos le escamoteaba su padre, según parece. Hablando francamente, tienes razón, no es una gran cosa.

M. Josserand, que hasta entonces había permanecido mudo, se atrevió á hablar, diciendo:

—Si eso es así, exclamó, ¿quieres decirme por qué razón te empeñas en que se case con nuestra hija? Un hombre que no goza de salud.

—La salud sería lo de menos, interrumpió Bachelard. Aunque él se muriera, no por eso dejaría Berta de tener ocasiones de volver á casarse.

—Pero si es un hombre incapaz, añadió

el padre, si va á hacer á nuestra hija desgraciada...

—¡Desgraciada! gritó Mad. Josserand. Para lo que te falta, di que meto á mi hija por los ojos al primero que se presenta. Aquí estamos en familia y discutimos á una persona. ¿Que tiene esto y lo otro y lo de más allá, que no es joven, ni guapo, ni inteligente! ¿Tiene algo de particular que hablemos así? Es lo más natural; pero del mismo modo hay que decir que no hallaremos un partido mejor, y lo que es más, que es una suerte inesperada para Berta. Yo aseguro que ya estaba confiada en que la niña se nos quedaba para vestir imágenes.

Al terminar se levantó, y M. Josserand, reducido al silencio, retrocedió un poco de la silla.

—Sólo un temor me asalta, continuó, colocándose resueltamente delante de su hermano, y es que el futuro se desdiga si no se le entrega el dote el día en que firmen los contratos. Y eso se explica; el muchacho necesita dinero para fomentar sus negocios.

En aquel momento oyó un fuerte suspiro detrás de ella y se volvió. Era Saturnino, que entreabriendo la puerta asomaba la cabeza y oía cuanto hablaban, mostrando unos ojos no menos temerosos que los de un lobo.

Su vista produjo un verdadero pánico, porque blandía en su mano un asador que había cogido en la cocina para embanastar á alguien, según decía. El tío Bachelard, alarmado por el cariz que tomaba la conversación, aprovechó la alarma.

—No os molestéis, dijo desde la antesala; me voy, tengo esta noche una cita con uno de mis clientes, que ha venido del Brasil exprofeso.

Cuando se logró acostar á Saturnino, madame Josserand, exasperada, declaró que era imposible tenerle más tiempo en casa. Acabaría por producir una catástrofe si no se le encerraba en un manicomio. ¡Aquello no era vivir! Siempre cuidándole, siempre ocultándole de las gentes. Sus hermanas no se casarían mientras el chico permaneciese allí, disgustando y atemorizando á todos.

—Esperemos aún algún tiempo, murmuró M. Josserand, á quien laceraba la sola idea de aquella separación.

—No, no, dijo la madre; yo no quiero que el día menos pensado haga conmigo alguna barbaridad. Ya lo has visto, tenía cogido á mi hermano, no podía escapárseme, y sin embargo, ese condenado chico... ¡Oh! pero yo sé lo que he de hacer, mañana ire-

mos con Berta á su casa á asediarse de nuevo, y ya veremos si tiene valor para faltar á sus promesas. Por lo demás, Berta debe hacer una visita á su padrino... lo exigen las conveniencias.

Al día siguiente la madre, padre y la hija, se encaminaron oficialmente al despacho del tío, que ocupaba el piso bajo de una casa muy grande de la calle de Enghien. Varios camiones estaban parados delante de la puerta. En el patio, cubierto de cristales, varios embaladores clavaban cajones y en estantes se veían multitud de mercancías, legumbres secas, piezas de tela, papel y sobres, sebos, en fin, los infinitos encargos que le hacían sus parroquianos y compras hechas con anticipación, aprovechando las bajas en los géneros. Bachelard estaba allí, con su gran nariz colorada, sus ojos contenían aún restos de la borrachera de la víspera; pero se manifestaba activo, inteligente; porque eso sí, para el negocio siempre estaba despierto.

—Cómo es eso... ¿vosotros por aquí? dijo al verlos, con cierta incomodidad.

Y los recibió en un gabinete, desde el que vigilaba á sus dependientes á favor de una ventana con cristales.

—Te traigo á Berta, murmuró Mad. Jos-

serand: sabe cuánto te debe y es justo que venga á expresarte su gratitud.

Después de dar un beso á su tío, la joven, obedeciendo á una seña de su madre, volvió al patio á inspeccionar las mercancías y Mad. Jossierand abordó la cuestión.

—Oye, Narciso, es preciso que hablemos con claridad. Contando con tu buen corazón y sobre todo con tus promesas, me he comprometido á dar á mi hija un dote de cincuenta mil francos. Si no se los doy la boda se deshace, y á la altura en que se hallan las cosas esto sería una vergüenza. Tú no puedes abandonarnos en situación tan crítica.

Los ojos de Bachelard se enturbiaron, como sucedía siempre que le hablaban de dinero, y balbuceó:

—¡Has hecho mal en ofrecer... no debe uno comprometerse!

A continuación indicó que sus negocios no iban bien. Había comprado crines en gran cantidad, imaginando que subirían de precio, y como había sucedido lo contrario, había tenido que venderlas á escape, con grandes pérdidas. Y para probar la verdad de lo que decía, corrió á buscar sus libros, quiso enseñarles las facturas... Estaba poco menos que arruinado.

—¡Por supuesto! exclamó M. Jossierand, no pudiendo contener su impaciencia. A mí no me venga V. con esas, conozco demasiado la situación de sus negocios, sé que gana usted lo que quiere, y que estaría nadando en oro si no lo derrochase. Por mi parte nada le pido á V., Leonor es quien ha querido dar este paso. Pero permítame V. que le diga que se ha estado burlando de nosotros. Desde hace quince años vengo todos los sábados á examinar los libros de su caja y siempre me ha ofrecido V...

El tío le interrumpió, y dándose golpes en el pecho:

—¿Ofrecer yo? ¡Imposible! Pero de todos modos, déjenme ustedes á mí y ya verán lo que hago. Lo que no puedo resistir es que me pidan, eso me saca fuera de mí. Por lo demás, ya vendrá un día en que verán ustedes quién soy yo.

Ni su misma hermana pudo sacar más partido de él. Estrechaba sus manos, enjugaba una lágrima, hablaba de su buen corazón, de su cariño á la familia, y suplicaba que no le atormentasen más, jurando por Dios y los santos que no se arrepentirían. Conocía sus deberes y no faltaría á ellos. Berta conocería al fin hasta dónde llegaba el afecto de su tío.

—¿Y el seguro dotal? preguntó de pronto; ¿los cincuenta mil francos que por efecto de imposiciones anuales debía obtener la niña? preguntó.

—Ya sabes que hace más de catorce años que se lo llevó la trampa, contestó Mad. Jossierand. Se te ha dicho, hasta la saciedad, que desde el cuarto año, nos fué imposible pagar los dos mil francos de prima.

—Eso no importa, murmuró, guiñando el ojo, se habla de ese seguro á la familia del novio y se toma uno tiempo para entregar el dote. Además, el dote no se suelta nunca.

M. Jossierand se levantó indignado.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre á V. aconsejarnos? exclamó.

El tío insistió, alegando que aquello era una costumbre.

—Créalo V., añadió, se da algo á cuenta, se pagan los intereses y nada más. Ahí está el mismo M. Vabre... Por otra parte, ¿le dió á V. mi padre el dote de mi hermana? No se acostumbra, lo repito, el dinero no se suelta por nada del mundo.

—De todos modos lo que V. me aconseja es una indignidad, dijo M. Jossierand. Al mostrar la póliza mentiria, cometeria una estafa.

Mad. Jossierand le contuvo. La idea lanzada por su hermano la había hecho meditar, asombrándose de que no se le hubiera ocurrido á ella.

—¡No te sofocas poco que digamos! murmuró. Narciso no te aconseja que estafes á nadie.

—Ya se ve que no... para nada hace falta enseñar esa póliza.

—Se trata pura y simplemente de ganar tiempo, añadió ella. Promete el dote y ya lo entregaremos después.

La conciencia del pobre hombre se sublevó. ¡No, de ningún modo se arriesgaría una vez más á comprometerse. Siempre abusaban de su bondad, para obligarle á hacer cosas que le ponian malo al fin y al cabo, hasta tal punto mortificaban sus sentimientos! Puesto que no habia dote, era inútil ofrecerlo.

Bachelard se acercó á la vidriera, y dando golpecitos se puso á tararear, como para mostrar el desprecio que le inspiraban aquellos escrúpulos. Mad. Jossierand escuchó á su marido con reconcentrada ira, y al fin estalló su indignación.

—Sepa V., caballero, dijo á su marido, que esa boda se realizará, sea como sea. Es la única tabla salvadora para nuestra hija.